

EL CRIMEN PERFECTO

SI DECIMOS QUE EL CRIMEN PERFECTO ES EL CRIMEN QUE NUNCA SE COMETIÓ NO SERÁ PORQUE EN REALIDAD NO HALLA SIDO COMETIDO, SINO PORQUE SE HA COMETIDO DE TAL FORMA QUE, SORPRENDEMENTE, HA LOGRADO CREAR LA APARIENCIA DE QUE NUNCA SE COMETIÓ. PERO NO ES TAN FÁCIL ENTENDER CUÁL ES EL CRIMEN PERFECTO AL QUE AQUÍ NOS REFERIMOS, NI SIQUIERA ENTRA EN ESTA CATEGORÍA EL CRÍMEN QUE RECAE SOBRE SÍ LA SOSPECHA DE QUE LO ES, POR LA SIMPLE RAZÓN DE QUE NO HAY MIRAS DE HALLAR A QUIEN HA COMETIDO EL DELITO, SIENDO ÉSTE EL ASPECTO MÁS VULGAR O INTRASCENDENTE DEL AQUÍ LLAMADO “CRIMEN PERFECTO”.

¿Existe la perfección del crimen?

¿Qué entendemos por crimen perfecto? Si bien es cierto que el éxito de un crimen no supone su perfección, las crónicas policiales nos hablan de un crimen así cuando lo que vemos en realidad es un crimen cometido exitosamente. La sola sospecha de la existencia de un robo o un homicidio es suficiente para volverlo imperfecto a nuestros ojos, -aunque se haya cometido con éxito y queden libres los culpables-. Es como el caso de los llamados “ocultistas”, si sospechamos que alguien está ocultando algo, esa persona ya no es un buen ocultador. No tiene sentido que oculte cuando ya todos saben que oculta, aunque sólo se ignore qué oculta. El verdadero ocultista es aquel que de verdad no oculta nada; y no oculta, precisamente, porque es un experto en ocultar que oculta. Podrá decirse que no se encuentra al asesino o al ladrón, o que éste no ha dejado huellas ni rastros en la escena del crimen, pero eso es otra cosa; eso es un crimen irresuelto, un caso no cerrado o un asesinato donde simplemente *todavía* no se encuentra al culpable, aunque sepamos ciertamente que existe “al menos uno”.

Es la huella de ese mismo detalle el que hace que estos delitos no puedan figurar en esta categoría de crímenes idealizados, ni adquirir, por añadidura y definición, el rango de lo que conocemos por Perfección.

Que parezca un accidente

El crimen al que nos referimos aquí es el crimen que se comete sin que *parezca* que se comete o trascienda el conocimiento de su ejecución, sin que en verdad nunca nadie pueda decir que hubo crimen y sin que jamás se sepa la existencia del delito. Pero aún así, habría todavía una sutil imperfección en esta idealizada situación delictiva que lo dejaría fuera de esta categoría, pues lo perfecto del crimen al que hacemos referencia en estas páginas se encuentra exactamente en la base de su misma postulación, es decir: “es tan perfecto... que la gente cree que ni siquiera se cometió”.

La clave de esto que estamos diciendo nos la brinda ese conocidísimo latiguillo que usa la mafia italiana: “que parezca un accidente...”. Pues sí, es el círculo mafioso el que con sus inviolables códigos criminales y su inquebrantable palabra sacrosanta tiene este conocimiento –que pregona casi con el rigor de una ley no escrita- de que para que un crimen sea exitoso, debe siempre parecer “otra cosa”, en este caso, “un accidente”, y no lo que verdaderamente es: un hecho criminal deliberado, premeditado y alevosamente intencional.

Es evidente que por más asesino que alguien pueda ser nadie sale a la calle a matar gente por ahí a diestra y siniestra, y mucho menos la organización del crimen más famosa y reputada de los últimos tiempos. Lo que revela la temeraria frase es que si alguien de la mafia no tuviera la calculada intención de borrar del mapa a algún incauto miembro de una familia (deklaradamente enemiga) sí la muerte del susodicho “sería un accidente”. Por esa razón, el asesinato de aquel a quien se quiere eliminar debe siempre “parecer” un accidente. O lo que esto significa: provocarlo.

Esta ilusión de hacer aparecer la casualidad en el lugar del deseo del asesino es la clave que encontró la mafia italiana para hacer pasar sus alevosos y premeditados homicidios como si fueran simples infortunios del destino y no lo que realmente eran: crímenes atroces. Ellos encontraron la coartada perfecta al convertir la causalidad en casualidad. Por algo la policía busca siempre “el móvil” en los asesinatos, justamente para discernir lo casual de lo causal y deslindar en todos los casos la existencia de un posible accidente. No se puede culpar a alguien de asesino si no se le encuentra primero un móvil, una razón concreta y probada por la que habría de cometer un asesinato. Si no hay ninguna razón aparente –o visiblemente detectable- por la que alguien quisiera quitarle la vida a otra persona, no hay forma de probarle al sospechoso que ha tenido “la intención”, es decir, el deseo concreto de matar a una persona; por lo que ha de quedar libre de culpa y cargo al no hallarse en él, en el momento del crimen, la voluntad conciente e intencionada de quitarle la vida a alguien.

Por esta razón vemos que los crímenes de la mafia italiana son lo más cercano a lo que podríamos esperar que fuera *el ideal del crimen*. Los robos y homicidios que todo criminal quisiera cometer sin aparecer ante los ojos de nadie como ladrón o criminal –¡ni siquiera para los de él mismo!- como extremo de perfección o, propiamente, como la perfección misma. En esta misma idealización subyace como pieza fundamental la obsesiva idea de cometer crimen sin que nadie se percate de su existencia. En la oscura y transgresora mente del delincuente el ideal no es “no cometer el crimen”, sino cometerlo pero “sin ser descubierto”, sin aparecer como un *criminal*. Para explayar mejor esta noción de crimen que intentamos desarrollar aquí, recordamos una cita de *Los fragmentos póstumos de Nietzsche*, donde puede leerse: “...que todo gran hombre es un criminal, sólo que en el gran estilo y no de un modo miserable, que el crimen pertenece a la grandeza...”.

Si Nietzsche subraya esta extraña idea de que *todo gran hombre es un criminal* es porque sabe en el fondo que el hombre es, originalmente, culpable de algo: en el aspecto religioso “el fruto prohibido” (Adán robó del árbol), y en el del mito, “el asesinato del padre”, (Zeus mató a Cronos). Podemos ver también, desde el marco del psicoanálisis, la existencia de una tercera causa que podemos agregar como síntesis de las dos anteriores y que es, en el campo de los neuróticos, el deseo o es incestuoso o es parricida.

En el paraíso cristiano el hombre (el niño) es culpable por desear un objeto deliciosamente concupiscente (la madre), pues le está prohibido por el Padre tocar, morder o comer de él. En el mito de Sófocles, Edipo mata al padre y se acuesta con la madre. De este modo el neurótico carga en sus

espaldas la culpa histórica de aquel inevitable crimen mítico, de allí su imposibilidad neurótica de no poder confiar en nadie. Principalmente en él mismo. Retomando a las palabras de Nietzsche, podemos decir que el hombre que no puede matar simbólicamente a su padre -como dice él, “con gran estilo”- y volverse de este modo un Gran Hombre, es el que acabará sus días tristemente como un asesino. Pero claro, “de un modo miserable”.

La traición menos esperada

El hecho es que sin Crimen Perfecto, tampoco hay noción de Robo Perfecto. El anhelo del robo sin mácula surge por lo general antes de producirse el delito, en el momento preciso en que la banda de malhechores diseña el plan maestro y se esfuerza en que su realización sea llevada a cabo con precisión magistral. Después de alcanzarse el botín, la perfección con la que se había concebido el asalto comienza lentamente a resquebrajarse y diluirse y, en poco tiempo, la ilusión del crimen perfecto pasa a convertirse en el desencanto del perfecto fracaso.

Hay bandas de malvivientes que son capaces de planificar un atraco anticipadamente y con una profesionalidad semejante a la de un Comando de Inteligencia. Es posible que pueda actuar con la impecabilidad de un equipo paramilitar y someterse a sí mismos a un riguroso y obsesivo plan de trabajo, calculando coordinadamente hasta los más ínfimos detalles con una precisión matemática envidiable. Pero esto sólo lo pueden hacer –antes de dar el golpe-; cuando se ha efectuado el atraco y los ladrones ya tienen el botín en sus manos todo cambia, y la situación muta en su contrario. Es allí cuando comienza el principio del fin. El punto neurálgico donde aparecen los errores, las crisis y los desencuentros; entonces las cosas se complican y todo sale mal.

El neurótico se pasa la mayor parte de su vida persiguiendo un objeto inalcanzable que tiene como ideal, y cuando lo alcanza –o mejor dicho, cuando cree alcanzarlo-, lo pierde o se le esfuma de las manos en el mismo momento en que creyó poder tenerlo. Algunos malvivientes ignoran que la búsqueda de ese objeto de deseo está condenada al fracaso desde el mismo comienzo, aunque, en su ilusión, ellos creen que es posible planificar un golpe con una exactitud cronométrica que desafíe la imprevisibilidad del error -o el llamado “accidente”-, y no ser descubiertos o capturados por las fuerzas del orden. Si ellos están convencidos de que existe la posibilidad de burlar al Sistema es porque en el fondo piensan que las endeble leyes que lo ordenan y regulan son las mismas que permiten que el Sistema sea corrupto y excluyente, y que la misma desvergonzada hipocresía en la que se funda y se sostiene es la única que fomenta la delincuencia y la criminalidad de la que ellos ahora son objetos. Por algo Anatole France llega a decir en *El jardín de Epicuro*: “He meditado la filosofía del derecho y he reconocido que toda la justicia social descansa en estos dos axiomas: ‘el robo es punible’, y ‘el producto del robo es sagrado’”.

Bajo el cruce de estas condiciones sociales y personales no es difícil para un delincuente alienarse a un compañero de su misma vileza espiritual y emprender, por ejemplo, el robo de la caja fuerte de un banco. Pero una vez que los asaltantes obtienen el botín entra en escena y descolla con su invisible participación –relegada hasta el momento- la presencia siempre presente del actor más importante: el inconsciente de los asaltantes. A partir de allí la banda comienza a desbaratarse sola, como por casualidad, por los infaltables tropiezos que empiezan a tener los mismos integrantes, por las torpezas y deslices menos esperadas, por la simple intervención de su propio lado oscuro, es decir, por

desconocer la existencia del inconsciente en cada uno de sus actos. Surge entonces el imponderable de cada malhechor: la grieta en sus actos más meticulosamente calculados, y con ella, los impensados *lapses* y descuidos, entendidos siempre como errores, equivocaciones y... porqué no, “accidentes”. Cuantos más sean los compinches que perpetren el saqueo, más complicada será al final realizar la redistribución del botín y el manejo de los problemas personales dentro del grupo.

Hay bandidos que en su afán de controlar y organizar todo con mecánica y minuciosa precisión creen que pueden dejar de lado el lado más insospechado de sí mismo: su propio inconsciente, y no sólo a la hora de diseñar anticipadamente la estrategia de un crimen, sino también en el momento mismo en que éste es llevado a cabo, e incluso, después de haberlo cometido. Es el sueño de todo criminal diseñar un plan de soberbia inteligencia en el que se pueda reducir a cero el margen de cualquier error. Hubo muchos casos en que han creído posible desligarse del inconsciente y excluirlo de la escena del crimen la hora de delinquir, bajo el ojo aguileño del cálculo estricto y sagaz, pero, claro, sólo hasta que el robo o el crimen se consuma y retorna después a la superficie el factor “propiamente humano” (la falla), el que antes había logrado excluirse –a penas momentáneamente- durante la construcción y la ejecución del plan.

Tras el atraco la ambición, los celos, las pasiones y otros sentimientos confusos y afines que se vienen cocinando desde la planificación del robo, comienzan a caldearse en el ánimo de los malhechores para volverse un verdadero hervidero a la hora de escapar e intentar repartirse el botín equitativamente. Entonces ocurre lo que suele ocurrir cuando aparece en escena “don dinero”, el poderoso caballero, y el “mal habido” empieza a quemar en las manos de los que no son sus verdaderos dueños: la banda de malhechores se quiebra psicológicamente y sus miembros comienzan a discutir y a agredirse entre ellos, en un torbellino de pasiones y ambiciones que ya no tendrán medida ni control. Ahora los delincuentes corren contrarreloj. La sangre y la muerte aguardan a la vuelta de la esquina. Y para cuando se inician las pesquisas y las investigaciones de la policía la pandilla ya está completamente dividida, extenuada y llena de conflictos. Hay decisiones que tomar, y de pronto todos los caminos parecen conducir al mismo callejón: la suspicacia.

Todos saben que cuanto más grande es la pandilla de malvivientes más difícil es sostener entre ellos la confianza y la sinceridad. Si el grupo cuenta en sus lides con alguna mujer, las cosas pueden complicarse todavía más. Y si la mujer es hermosa o atractiva, más aguda será la tentación de hacerla parte del botín y cargar con la sospecha de traición al escapar con la amante furtiva¹. Pues ladrón que roba a ladrón...

En este caso, lo único que podríamos calificar de perfecto es la planificación del robo. Pero el asalto, en su totalidad, jamás podrá serlo. Convengamos que el asalto no termina, como muchos piensan, cuando se violan las cajas fuertes y se hace el ladrón con el dinero, el oro o las joyas; en todo caso será ése el momento más álgido del atraco, pero al mismo tiempo, el punto de inflexión más endeble y vulnerable en el que se encuentra la banda. A partir de este momento comienzan los verdaderos problemas. Precisamente cuando se alcanza el objeto deseado y el hombre, envilecido por la ambición y la codicia desmedidas, con todos sus trapos sucios expuestos a la luz de la incertidumbre, exhibe finalmente los

¹ Como ejemplo de ello pensemos en Aquiles y Agamenón, cuando éste le robó la mujer a aquel, y al serle exigida por el rey su devolución, Aquiles, airado y dolorido se negó a entrar en la guerra de Troya. O en el rapto de Helena, aquella hermosa mujer, esposa de Menéalo, por la que los griegos lucharon durante diez años ante Troya.

colmillos de su verdadera faz. La que mejor representa esta idea es aquella famosa frase de Hobbes: *Homo homini lupus est*, “El hombre es el lobo del hombre”. Sin ir más lejos, ésa es la razón más poderosa por la que tenemos que hacer un contrato social. Pero la pregunta es, ¿cómo hacer un contrato entre ladrones? Lo que aquí queda puesta en evidencia es la ley no escrita de la mafia, es decir, que hay un contrato entre mafiosos pero que no está escrito.

El robo perfecto existe, como decíamos al comienzo, lo que no puede ser es ser descubierto, por lo menos, no por definición (si se lo descubre, deja de ser perfecto). El problema principal con el que debemos lidiar al sostener esta postulación es siempre con el mismo condenado imponderable: la traición. Pero no necesariamente la traición de los compañeros –que es el medio por el que habitualmente se manifiesta–, sino una traición mucho peor aún, la traición menos esperada: “la traición del inconsciente”.

Según muestran las crónicas policiales, un atraco siempre es orquestado en tres grandes momentos: antes, durante y después del robo. Por regla general, el trabajo del detective comienza justo cuando termina el del ladrón.

Supongamos que yo soy ladrón y me junto con un amigo –que también es ladrón– para pergeñar lo que en nuestra pequeña y ardiente imaginación criminal podría ser a grandes luces “el atraco del siglo”. Lo más seguro es que bajo esta riesgosa aventura delictiva podamos construir con mi nuevo socio un vínculo de hermandad y lealtad casi indestructible. Pero una vez que nos lanzamos al atraco y terminamos haciéndonos con el dinero, lo más probable es que se deslicen bajo el tapiz de nuestros propios intereses tres complicaciones no calculadas hasta entonces, con relación al botín: la primera es que nos repartamos la plata por partes iguales y sigamos caminos diferentes; la segunda, que no la toquemos hasta que el asunto se olvide y todo vuelva a la calma; y la tercera, que uno de los dos tenga el dinero provisoriamente en su poder hasta que pueda esconderlo en algún lugar seguro o enviarlo al exterior, a manos de un tercero, también en complicidad, para su posterior repartija. Pero en cada una de estas posibilidades siempre habrá que vérselas con el mismo imprevisto psicológico, a saber, el problema recurrente en los neuróticos: la desconfianza.

Nos percatamos aquí de una sutileza bastante curiosa: decimos que se tiene confianza o se tiene desconfianza; decimos que se tiene fe o que... “no se tiene fe”. ¿Se entiende lo que decimos? El punto es que no hay un antónimo para la fe, un vocablo que nombre lo contrario a lo que ella significa, de allí la bíblica exclamación: “¡Hombre de poca fe!”. Posiblemente esto sea así porque la “confianza” viene del griego con-*fides*, que significa eso mismo, “fe”, y si bien, tanto la confianza como la fe tienen un asiento común en la creencia, en un “creer en el otro”, la confianza se relaciona más con un aspecto humano y banal, y la fe, con lo que es del orden divino y religioso. El dicho lo dice todo: se tiene “fe en Dios” y “confianza en el hombre”. Y aunque hace más de dos mil años que la creencia en el *otro* (el hombre) y en el *Otro* (Dios) no deja otras huellas tras sus pasos que las de la duda y el descreimiento.

Jesús, por ejemplo, quien surgió bíblicamente al mundo de los justos y pecadores de un supuesto embarazo espiritual, terminó asesinado en la cruz por los romanos que *desconfiaban* de su condición divina, pero Cristo, en cambio, fue salvado por los discípulos que tenían en él *una fe ciega*. Por algo la propia confianza –cuyo origen, recordamos, es la fe– se ha enquistado tan acertadamente en el dicho popular como la causante de *la muerte del hombre* y del *embarazo de la mujer*. Y si es verdad que la confianza mata al hombre... es la fe la que seguramente salvará a su alma de la muerte eterna.

Del mismo modo cuando ya no tenemos el conocimiento seguro, claro y evidente de lo que nuestro compañero hace a nuestras espaldas, nos invade una penosa sensación de *inseguridad* –probablemente, motora de la desconfianza-, basada en aquel mítico principio de incertidumbre, que no es otra cosa que esa falta de certitud que tiene el niño respecto a la figura de su padre. Por eso Freud dice que el padre “*semper incertus est*”, a diferencia de la madre, que es “*certissima*”. Ya que en el Complejo de Edipo la confianza absoluta que tiene el niño –o ese amor ciego e incondicional que profesará en su adultez a la mujer amada- es siempre hacia la madre (idealizada por la religión en la figura de María, La Madre, (La Virgen de la que ningún cristiano duda), porque al padre, (elevado en El Padre), sólo se le profesa fe. De allí que la única certeza que podemos tener los neuróticos, en relación a nuestro prójimo, el sujeto más próximo a nosotros, sea esa angustiada sensación de que algo siempre... *incierto es*.

Crear o no crear, esa es la cuestión

Si volvemos al ejemplo anterior, podemos ver que en el primer caso la incertidumbre surge de que el otro sea descubierto por cometer el error de realizar maniobras incorrectas, como puede ser el malgastar despreocupadamente el dinero robado en la compra de autos, propiedades, viajes, etc. No olvidemos que esta confianza tiene su origen en la falta de certitud que el niño tiene hacia su padre, en un momento determinado del complejo de Edipo.

En el segundo caso, esta misma incertidumbre se traslada y se acentúa sobre el lugar de donde se ocultó los objetos saqueados, pues otra vez nos asalta aquí la duda neurótica: ¿cómo saber que el otro, cuando yo baje la guardia y me descuide un momento, no cederá a la tentación de robar el botín y quedarse con la parte que me corresponde? Al fin y al cabo, ¿para qué me necesita ahora que el asalto ya fue pertrechado y tiene todo lo recaudado palpitando lascivamente en sus manos? La única forma de alcanzar la tranquilidad de la mente es estando bien despierto, con un ojo puesto en el accionar de los sabuesos y el otro en las maniobras de mis propios camaradas. Pero cuando la desconfianza se instala en el seno del grupo delictivo los malvivientes comienzan a sospechar unos de otros, creando de este modo un clima de tensión e incertidumbre en el que todos viven al acecho de todos, haciendo cada vez más débil y suspicaz la amistad que alguna vez los unió. Inevitablemente comienzan a quedar expuestos, a crear caos y regalarle pistas a los detectives, a embarullarse ellos mismos con sus propias y desbordantes sospechas sobre la tenencia definitiva del botín. La pregunta que surge ahora entre los asaltantes es, a la luz de sus propios miedos y suspicacias, ¿quién será el traidor?, ¿quién será el que nos robe frente a nuestras propias narices? Es aquí donde el ladrón se convierte en detective; ahora, increíblemente, cada uno de los delincuentes es un policía en potencia.

En el tercer caso, tanto si yo tengo el dinero como si se lo delego a mi compañero, en las dos situaciones, la incertidumbre será aún peor que en el segundo caso. Podría pensar que si bien mi compinche y yo planeamos y ejecutamos juntos el atraco, arriesgando el pellejo en igual medida, ahora sólo él tiene el dinero ¡y vaya a saber que diablos ha hecho con él ese condenado cretino! La duda vuelve a carcomerme las entrañas: ¿lo encontraré donde habíamos acordado o para entonces ya se habrá fugado de la ciudad? ¿Y si ya se ha ido del país y ahora se encuentra asoleándose en un yate rodeado de champaña y mujeres deliciosas mientras yo todavía permanezco aquí, sólo y expuesto ser descubierto de un momento a otro por la policía? De pronto, la oscura mente criminal comienza a hacer elucubraciones más negras y peligrosas, y la malicia de los integrantes de la banda se van inflando lentamente como un globo aerostático hasta convertirse en fuerzas descomunales, ingobernables y

destructibles. Cuando estos pensamientos negativos penetran en la mente desquiciada de un criminal desesperado y comienzan astutamente a horadar en su pequeño y caótico cerebro, con seguridad nos hallamos al borde del derrumbamiento moral y psicológico: el principio del fin ha llegado.

No olvidemos que para realizar un crimen, no sólo se pone en riesgo la vida de los posibles damnificados sino también la de las mismas personas que delinquen. Es imprescindible creer en el compañero de ruta. Pero como dijimos antes, esto es algo que viola inexorablemente los principios de su propia condición marginal. Este es el gran dilema con el que debe vérselas quien tiene un amigo que es criminal, pues, al fin y al cabo, ¿quién me asegura que mi propio compañero –traicionado ahora por su propia naturaleza criminal- no va a robarme a mí también –o matarme, llegado el caso- después de que hallamos consumado el delito y hechos con el suculento botín? ¿Un delincuente va confiar en la palabra de otro delincuente que, como él, sabe perfectamente que la usa como jugarreta, para engañar y asaltar traicioneramente después?

Como dijimos antes, ¿quién puede garantizar que mi mejor amigo, mi propio socio, ese viejo y malvado compañero de andanzas con el que hemos compartido tantos y tantos años de cárcel y con el que hemos soñado infinidad de veces con dar alguna vez el Gran Golpe, no vaya ahora a hacerme una trastada después de habernos hecho con el dinero robado? En un párrafo de *La isla del tesoro*, Stevenson reconoce la imposibilidad de un ladrón para creer en la palabra de otro, cuando a uno de sus personajes le hace decir: “...estos hombres no pueden mantener su palabra, aunque así lo quisieran; y lo que es más, tampoco pueden creer en la de usted...”. ¿Puede alguien confiar en un hombre que sabe de su vil naturaleza? ¿O en un malhechor escurridizo y de mala calaña? ¿En una rata sucia y despreciable que cada vez que tiene oportunidad de meter la mano en la lata lo hace sin importarle si el dinero que está robando es el de su propio hermano o compañero de fechorías?

En la calle el dicho popular reza así: “Entre bomberos (chorros, en este caso) no se pisa la manguera”. Pero hasta los códigos de los propios ladrones se suelen quebrantarse fácilmente cuando lo que está en juego es un substancioso botín a compartir, y la tentación de robar es más fuerte que la amistad o la palabra empeñada por él. Por eso es tan rigurosa la ley de los que están fuera de la ley; la ley de la mafia. Los mafiosos también pueden decir como los antiguos romanos (después de todo, allí en el Sur de Italia, nació “*la cosa nostra*”): *dura lex sed lex*, que significa, “dura ley, pero ley”.

Los capos de la mafia eran famosos por ejercer una rigurosidad despiadada respecto de la palabra que se daba, la que no se rompía o se ignoraba bajo ningún pretexto. Para el mafioso que encarna la ley no-escrita, la “ley de la palabra” es un sacrilegio que alguien tome la suya... “en vano”. Por eso cuando algún loco o desprevenido viola sus códigos de honor, son ellos mismos los que se encargan de hacer cumplir a raja tabla la ley que ellos mismos escribieron. Su propia ley.

No olvidemos que para algunos delincuentes delinquir es toda una adicción, una fuerza nefasta y compulsiva que no pueden refrenar y mucho menos controlar. ¡Cuánto más para aquellos presos que han pasado toda su condena pergeñando nuevos y mejores atracos y que, cuando salen de la cárcel, lo hacen con el único propósito de seguir delinquiendo! Esto es así porque está en su naturaleza, en sus genes -como dirían los psiquiatras y los especialistas en criminología-. Recordemos, sino, la historia del sapo y del escorpión cuando se asocian en un pacto de honor para poder cruzar juntos un lago. La palabra que se empeña al comienzo del viaje es la misma que se rompe justo en medio del camino. Es la palabra del escorpión la que los ahoga a los dos cuando se quiebra, y el peso de la traición es el que los hunde a los mata. La única manera de que un ladrón pueda confiar en otro ladrón será,

excepcionalmente, cuando éste no tenga nada que al otro le despierte el visceral deseo de arrebatárselo. Pero eso, para la naturaleza criminal de un ladrón es casi imposible de que ocurra.

Es probable que dos delincuentes puedan aunar sus fuerzas y hermanarse para robar juntos en el tiempo que dure el criminal emprendimiento. Pero sólo por un tiempo. Más tarde, cuando acabe el atraco y uno de ellos tenga el botín entre sus manos, con seguridad despertará el recelo y la malicia de su socio poniendo en peligro la lealtad anteriormente jurada. En este punto, un ladrón ya no puede fiarse de su amigo y camarada, justo cuando cree que el dinero... le pertenece sólo a él.

Muchos creen que el ladrón roba para tener plata, pero en muchos casos no es así. Por lo general el dinero no es para él más que una simple excusa, un motor que lo impulsa a transgredir una ley. Pues el verdadero ladrón hace del acto de robar un trabajo, un modo de vida, un fin en sí mismo. Si el rufián que es objeto del impulso de robar es arrastrado por la consigna de: “robar al que tiene dinero”, y ahora el que tiene el dinero es su audaz compañero de andanzas, ¿quién podría asegurarle que no será él la próxima víctima de su traicionero colega?

La amenaza de que mi compañero pueda robarme el dinero que acabamos de robar está latente en la cabeza de todo ladrón, cuya mentalidad responde a un único y ciego propósito: robar. Robar todo lo que caiga en sus manos, todo lo que pueda robar. Ahora bien, ¿qué garantías hay de que un ladrón no sea traicionado por su infame naturaleza (a la que responde compulsiva e incondicionalmente como si fuera la máscara de un dios al que idolatra) y traicione al truhán de su compinche en un acto de vil incontinencia?

Para comprender esto pensemos en los legendarios vikingos. Esos belicosos marinos escandinavos del siglo VIII cuyo único interés era hostigar indiscriminadamente a otros pueblos más desarrollados y civilizados. Estos grandes y despiadados saqueadores, después de cometer sus asaltos a naves extranjeras, festejaban la victoria con un brindis muy particular que relacionaban oportunamente con un irónico Código de Lealtad.

Los vikingos tenían por costumbre celebrar el triunfo de sus fechorías haciendo chocar enérgicamente las copas de vino (copas que, en realidad, eran las calaveras de sus pobres víctimas) para que la bebida de los copones se salpicara entre ellos y algunas gotas del contenido fueran a parar a la copa del compañero. De este modo lograban alejar las mutuas sospechas de una posible traición, por envenenamiento, a la hora de repartir el botín con los otros compañeros de andanzas. Esta era la forma que encontraron estos piratas de los mares para demostrar su feroz lealtad hacia un camarada (¡un camarada que la mayor parte de las veces era tan vil y desconfiado como el que buscaba la demostración de la lealtad!).

Estos despreciables maestros en el arte del saqueo habían creado esta brusca forma de brindar como un modo de celebrar algo que –ya ellos mismos sabían perfectamente- era imposible de mantener puro en la sucia y desalmada alma de los ladrones y forajidos: la confianza mutua.

La desaparición mágica

El criminal se revela ante los ojos adormecidos de la gente como un gran ilusionista, aunque, por supuesto, la mayor parte del tiempo no seamos concientes de ello, ya que de él depende el manejo exitoso de la apariencia de su crimen. En cambio, nosotros somos como esos espectadores silenciosos

pero ávidos de curiosidad que tratamos de descubrir en los movimientos del mago la hilacha de cada truco que realiza. Pero eso sí, el gran mago se revela ante nosotros como un verdadero Hacedor de Milagros, y nosotros ante él, como niños sorprendidos por sus dulces encantamientos. Aquí el ladrón y el policía se igualan como dos grandes ilusionistas que compiten por alcanzar un poder que, en verdad, no les pertenece a ninguno de los dos. El primero se rebela como un mago de la teurgia, el que hace magia negra al hacer desaparecer las evidencias que prueban su delito; y el segundo, magia blanca, al descubrir las pistas que borró el criminal. Tanto uno como el otro logran consolidar su vínculo existencial en la dialéctica del “poliladrón”, donde puede verse la complementación –hasta semántica– en la que mutuamente sostienen sus afacetadas imposturas.

Cualquier vulgar pungista o carterista sabe bien que su futuro fuera de las cárceles depende de la experiencia y el nivel de habilidad que haya desarrollado en sus manos. Pero no sólo para el pequeño atraco debe el ladrón munirse de innumerables trucos, sino también el Gran Golpe lleva implícito la puesta en escena de un acto de ilusionismo. La expresión “desapareció como por arte de magia” da cuenta de la estrecha relación que existe entre la sustracción y el efecto de fascinación que se produce sobre los espectadores encandilados o mas bien aquellos que ven desaparecer ante sus ojos las joyas de la nada, cuando minutos u horas antes estaban presentes a la vista de todos.

Para que el atraco la adquiera la dimensión de lo fantástico, de lo realmente espectacular, la desaparición del botín debe pasar por ser, tras una cortina de humo, una desaparición *mágica*. Como ocurría en “El Mago”, aquella recordada serie de los años ‘70 protagonizada por Bill Bixby. En ella podía verse a un inteligente y pacífico ilusionista profesional, amante de la justicia y la solidaridad, que no sólo resolvía los crímenes y atrapaba a los villanos con la ayuda de la magia, sino que también lograba fugarse de las manos de sus captores utilizando la prestidigitación en lugar de armas.

El crimen perfecto existe. Y, como decíamos antes, su perfección es teóricamente probable aunque sea prácticamente imposible de demostrarla; por la misma postulación de su argumento, claro, (si se descubriera, dejaría de ser perfecto).

En la concepción religiosa, por ejemplo, vemos que la idea de Perfección va siempre asociada con *la existencia del ser* (de que Dios siempre existió), en cambio, en nuestra teoría filosófica, con *la existencia de la nada* (de que el crimen perfecto nunca existió). Por eso para demostrar racionalmente su existencia, nos servimos del argumento contrario al argumento *ontológico*, utilizado como la prueba clásica de la existencia de Dios, de que Dios *es*, (el mismo que utilizara San Anselmo y Descartes, y criticara después Hegel); un argumento al que denominamos “*udelógico*” (*oudeis* en griego, pronunciado “*udeis*”, que significa, “nada”, “nadie”) para demostrar la existencia de la nada, de que nada existe.

Y lo postulamos así aunque, para ser más precisos, diremos que utilizamos los dos argumentos simultáneamente, ya que uno se desprende del otro. No olvidemos que el crimen al que aludimos aquí, *existió* (argumento ontológico), aunque para los ojos de la gente haya aparecido como si *nunca hubiera existido* (argumento udelógico). Es por eso que en su afán por hacerse ricos de una sola vez y para siempre –y sin sufrir en lo posible las consecuencias de ser por ello descubiertos–, los delincuentes más avezados en las artes criminales buscan con inteligente paciencia que el Gran Golpe que planearon por tanto tiempo salga lo más parecido posible a la idea que cada uno tiene de lo perfecto.

Imaginemos por un momento ¿qué pasaría si El Juicio Final se desarrollara ahora a puertas abiertas? Pero un juicio final para todos; inclusive hasta para el mismo Creador. Donde el abogado de Dios (el santo) argumentara ontológicamente para demostrar la existencia de Dios, y el abogado del diablo, udelógicamente, para demostrar la no existencia del diablo. En el caso de que triunfara el mal y se demostrara que el diablo de verdad no existe, ¿veríamos al gran Dios agachar la cabeza en el banquillo de los acusados, reconociéndose como el único culpable? ¿Como el verdadero Creador del bien y *del mal*?

En el crimen al que aludimos aquí hay hurto, pero no delito; víctima, pero no culpable; muerte, pero no asesino. Y si es teóricamente “perfecto” lo es porque no hay rastros ni indicios que demuestren la existencia de un crimen o de un criminal. La perfección de este crimen se basa en que *nada* ha sucedido, puesto que *nadie* ha delinquido. Absolutamente *nadie*.

Al llegar a este punto recordamos que Ulises, el legendario héroe de la Odisea, alguna vez se llamó a sí mismo “Nadie”. Entonces, cuando le preguntaron a Polifemo quien lo había atacado, él le respondió: “¡Nadie lo hizo!”, refiriéndose al bribón de Ulises.

Pero, en realidad, para ser justos y rigurosos, Ulises nunca mintió: “Nada”, en griego, es *Oudeis*, la raíz de “*Odusseus*”, su nombre en griego, cuya traducción es “Odiseo”, y de allí viene Ulises. Por eso él no miente del todo cuando le dice al cíclope que se llama “Nadie”; dice la verdad a medias, ya que con ella revela parte de la raíz de su nombre. Es como si dijera: “Mi nombre es Nadie”. En este sentido, Ulises podría ser perfectamente el autor del mítico crimen que estudiamos aquí: el Crimen Perfecto.

Tengamos en cuenta que lo perfecto está en hacer pasar el no-ser del crimen como si fuera su verdadero ser. De allí que cuando el criminal demuestra que no fue *lo que fue*, convierte su crimen en una obra maestra, tan perfecta, que ni siquiera hay víctima que pueda revelar el rastro de su imperceptible existencia. La verdadera faz del crimen sólo el criminal la conoce, los demás sólo pueden ver la máscara que él quiere mostrarles: la máscara sin rostro. O al estilo de la filosofía zen: el rostro sin rostro.²

Corazón delator

Cuando decimos que el ladrón es el único que sabe que robó, hacemos hincapié en la *apariencia* de inocencia que sostiene para el otro, ya que sólo él sabe que lo hizo, pero para los demás *parece* que no. Cuando el ladrón llega a la última instancia del parámetro que establecimos anteriormente y logra borrar de su mente la fechoría que cometió -el robo- instantáneamente pasa a no ser. A no existir. Ahí es cuando decimos que el ser del crimen es su *no ser*. Con que haya al menos un testigo que sepa que el crimen ocurrió (porque acá lo que se aparenta es que el crimen no fue, no es) se mantiene, con ese saber, el ser de la apariencia del no ser, (ya que para todos los demás parece que no fue), que es lo mismo que decir: se mantiene la apariencia del ser del no ser.

² Toda persona lo es (una máscara, según su raíz etimológica en latín). Por lo que decir: “toda persona es una máscara” es una tautología.

El ladrón es el que sostiene para sí mismo esa apariencia llamada “crimen” con el *recuerdo* del hecho criminal. Lo único que puede hacer que el criminal se descubra a sí mismo como criminal es el recuerdo que tiene del crimen que cometió. Su memoria es el único testigo que puede traicionarlo e incriminarlo seriamente. Y podría hacerlo bajo esta misma fórmula: “El que se cubre es el mismo que se descubre”.

Llegado a este punto se preguntará el lector, ¿cómo es posible que el mismo criminal sea quien se descubra a sí mismo? ¿Por qué habría de hacerlo? Y, en todo caso, ¿porqué estamos tan seguros de que haría una cosa así? ¿Cómo podríamos saber nosotros una cosa semejante? La respuesta es muy fácil. Para ello basta con volver al complejo de Edipo y a los primeros años de la vida infantil donde el niño conforma y define su estructura psíquica, y comprender que para el infante los padres son Dios, alternativamente, primero la madre y después el padre. Es la madre la que desde el nacimiento sabe absolutamente todo sobre la vida del pequeño hijo. Luego será el padre el que se encumbrará ante él con un poder semejante al del Altísimo, capaz de escudriñar desde su altura real cada una de sus pequeñas y secretas picardías. De pronto el niño descubre que no puede mentirle ni esconderle nada a sus amados progenitores, pues está convencido de que ellos son para él como figuras endiosadas, dioses de carne y hueso que, a semejanza de los del mito, poseen sobrados poderes sobrenaturales como para saber, como lo sabe Dios, cada una de las cosas que hacen los hombres aquí sobre la tierra. Inclusive, ¡saber cada uno de sus pensamientos!

Es el niño quien se descubre solo al pretender ocultar su mal comportamiento ante la mirada inquisidora de sus padres. Entonces ellos lo descubren. Pero lo descubren no porque adivinen lo que él hizo, sino por la simple lectura que hacen de su conducta mientras trata vanamente de ocultarles la verdad. Para los padres, ruborizarse, dubitar, menear la cabeza, ponerse nervioso, desviar la mirada, entre tantos otros detalles gestuales son todos posibles indicios que el infante trasmite sin saber que transmite. Todo en él habla y se delata por sí mismo. Su pequeño cuerpo revela, como en un libro abierto, el jaleo que su boca no se atreve a confesar.

Para el sujeto infantil los padres se presentan como los portadores absolutos de “toda la verdad y nada más que la verdad”. Y el adulto –que lleva al niño dormido en algún rincón de su negra alma- crece sosteniendo esta premisa universal de que hay alguien que lo sabe Todo. Solo basta que el criminal suponga que el detective lo ha descubierto para que esta sola sospecha sea suficiente como para abrir una grieta en su apariencia de inocente por la que deja surgir la verdad de sus actos. El criminal se descubre solo ante la sola suposición de haber sido descubierto. Tal es, como ejemplo de ello, el genial cuento de Poe, *El corazón delator*.

Allí el asesino del viejo, el joven psicópata que había desmembrado su cuerpo y enterrado bajo el piso de madera –porque lo atormentaba uno de sus ojos que se parecía a los del buitre- se delata solo ante los policías a los que supone que se están riendo de él. Los tres oficiales que habían entrado a la casa del viejo para indagar sobre el llamado de un presunto crimen, revisan el lugar, pero al no hallar nada extraño se sientan y se ponen a hablar despreocupadamente con el muchacho, ignorando por completo que estaban sentados justo sobre el sitio donde yacía enterrado el cadáver del pobre viejo. En ese momento, el desquiciado asesino, llevado por su culposa paranoia, comienza a escuchar golpes provenientes del piso. Golpes que se hacen cada vez más fuertes y a los que asocia al tic-tac de un reloj, pues para él no era otro ruido que el del corazón del viejo, latiendo. Por esta razón cree que los agentes de policía también oyen los ruidos que a él lo martirizan, por lo que deduce rápidamente y con una certeza absoluta el motivo por el que los agentes se ríen y se burlan de él: ¡porque lo han

descubierto! Sin embargo, los golpes, no provienen del muerto (que está cortado en trozos), ¡emergen de su propio pecho!. Lo golpes, son en realidad, los poderosos latidos de su propio... “corazón delator”. Entonces, al final, exclama a los policías: ¡Miserables! ¡No disimuléis por más tiempo! ¡Lo confieso todo! ¡Arrancad esas tablas! ¡Aquí, aquí! ¡Es el latido de su implacable corazón!

El crimen que no es crimen

En latín “crimen” significa: acusación, inculpación, culpa, delito, causa y luego crimen. Lo perfecto tiene que ver con lo “absoluto”, *absolutus* (un participio de *absolvo*) que quiere decir: acabado, completo y *perfecto*); y lo absoluto con la “absolución”, en latín *absolutio* y *absolvo*, que significa: soltar, desatar, libertar y “absolver” (*crimine*, de una acusación). De este entramado lexical surge nuestro razonamiento circular: si el crimen es *perfecto* es también *absoluto*. Y en lo absoluto, ya está implícita la *absolución* del crimen, la declaración de no culpabilidad. Los intrincados juegos del lenguaje nos revelan a veces, como en este caso, un irónico e insospechado giro; ¿quien hubiese imaginado que en la negación de este crimen iba a estar implícito el mismo concepto de perfección?

De este sutil desmembramiento de conceptos podemos deducir lo más paradójico de nuestro planteamiento: “*La perfección del crimen absuelve al crimen*”. No es casual que en el diccionario de latín uno de los ejemplos sea: *absolvo* y *crimine*. Por eso el crimen perfecto no es considerado crimen para la lengua, pues ya en la misma idea de *perfección* está su *absolución* (por su origen latino). Y si el lenguaje no define como crimen al Crimen Perfecto, su autor, tampoco será definido como criminal. La misma perfección del crimen absuelve al crimen y al criminal que lo comete. La imagen resultante de este cierre sobre sí mismo es parecida a la mítica serpiente que se muerde la cola. Si se devora a su propio cuerpo, al final termina desapareciendo... ¡como por arte de magia!. Por eso no se ven crímenes perfectos; se ven crímenes que *parecen* perfectos. Pues al ser detectados o sospechados como tales anulan automáticamente la posibilidad de serlos. El crimen perfecto es imperceptible. Existe sólo racionalmente. El criminal que logre cometerlo, nunca sabrá que lo ha cometido ni que él es criminal que lo perpetró. En el preciso instante en que el crimen alcanza a consumarse, termina consumiéndose.

Ahora bien, utilizando los tres sentidos originarios de esta palabra, podemos decir que alguien comete crimen cuando: 1) comete delito, 2) cuando es acusado, o 3) cuando es culpable. Estos tres sentidos son independientes entre sí y pueden aparecer con todas sus combinaciones posibles. Por ejemplo, puede ocurrir que alguien cometió delito y no es acusado, pero sí es culpable; que alguien cometió delito y sí es acusado, pero no encontrado culpable; otro que no cometió delito y no es acusado, pero sí es encontrado culpable; y otro que no cometió delito y sí es acusado, pero no culpable.

El mejor de los crímenes es el caso en que se comete delito, pero no se es acusado, ni culpable, ni condenado. Aquí hay delito, pero queda impune. En cambio, el peor de los crímenes es aquel en que se comete delito y se es acusado, inculpado y condenado. Aquí hay delito, y se paga por cometerlo.

En el caso del crimen “perfecto” que estudiamos aquí es cuando el criminal logra borrar los tres sentidos originarios de la palabra crimen. Y en un extremo diametralmente opuesto se encuentra el crimen “imperfecto”, que es aquel que nunca se cometió, pero del cual se es igualmente acusado, encontrado culpable y condenado. Y hasta en algunos casos, ¡condenado a muerte!

Desde el punto de vista religioso no es este ejemplo una mera ironía. Los cristianos saben que cargan con la culpa del pecado original. Hurtar del árbol el fruto prohibido y comer de él fue visto por los indignados ojos del Señor casi como si fuera un crimen. Por algo pagaron con la pena mayor: la expulsión del Paraíso. En este sentido, podríamos decir que Adán y Eva fueron los primeros criminales de la humanidad, o por lo menos ladrones. Cometieron una falta. Violaron una ley. Nada menos que la Ley de Dios, y por ello fueron acusados y condenados (sin juicio previo ni abogado que los defiendan) a pagar su terrible “crimen” nada menos que con la peor de las condenas: el destierro.

Cuando el resto de la humanidad hereda esa mítica trasgresión, hereda también el bíblico castigo que ella conlleva: para los hombres, ganar el pan con el sudor de la frente; para las mujeres, parir con dolor. Así pues, el primer hombre y la primera mujer son también los primeros en violar una ley y en pagar su culpa con sufrimiento. Como decían los griegos: “Lo mejor es no haber nacido”.

El ejemplo más paradigmático de esto es el propio Jesús: él no cometió crimen pero fue igualmente acusado, condenado y castigado con la pena de muerte. Al ser Dios y hombre, fue al mismo tiempo, el juez y el criminal. Como Hijo de Dios aceptó con silenciosa sumisión cada uno de los cargos que le imputaban los romanos, casi con resignación –que es una manera de reconocer el delito que no cometió–, y cargó sobre sus espaldas la culpabilidad que esa falta significaba. Tal vez Jesús en el fondo no sólo quería ser crucificado; él sabía que debía ser castigado con la muerte como la única forma de poder redimir su propia culpa y la de la humanidad. De lo contrario, sólo hubiera sido Dios. Como hombre, Jesús debió sentirse culpable de un crimen que no cometió, del mismo modo que nos sentimos culpables todos nosotros (principalmente los que adhieren a la fe cristiana) al heredar de Adán y Eva el crimen que ocurrió en el mito.

Jesús y los ladrones

“En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el Paraíso”

Jesús.

(San Lucas: C,23. V, 43)

Hay una parte del relato del cristianismo que tiene especial relevancia a la hora de entender más profundamente la figura del ladrón y el lugar que ocupa en la sociedad desde hace más de dos mil años. Como el lector supondrá, nos referimos pues a la historia bíblica de los dos ladrones. Jesús hace allí una distinción muy clara, sin ser explícita, entre dos clases de ladrones: el comerciante y el malhechor. Al primero lo desprecia y al segundo lo salva.

Al comerciante común lo ataca en el templo (por verlo como a un ladrón) y al malhechor que está crucificado junto a él lo perdona (especialmente por verlo como alguien que es digno de entrar al cielo). Por eso cuando uno de los ladrones que estaban crucificados a su lado, le dice: “Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino”, Él le responde: “En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el Paraíso”; el otro, en cambio, al que lo insultaba e incitaba a que si realmente era el Mesías se salvara a sí mismo y los salvara a ellos, Jesús lo ignora. Es llamativo, mientras a uno le da la espalda al otro perdona y lo recompensa con el cielo eterno. Es de no creer. El primer hombre que estuvo a la derecha de Dios en el Paraíso ¡fue un delincuente!

Cristo se da cuenta de la hipocresía del comerciante cuando entra en el templo y comienza a echar a los vendedores diciéndoles: “Escrito está: Y será mi casa casa de oración; pero vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones” (San Lucas. C19. V45). No sólo asocia al comerciante con el ladrón, sino que lo dice con todas las letras, y al ladrón lo distingue de aquél, premiándolo, nada menos que con el paraíso. ¿Extraño, no es cierto?

Recordemos que el primero en perdonar al ladrón –y a la prostituta- es Jesús. Por eso decimos que “ladrón que roba a ladrón tiene cien años de *perdón*”. Porque el primer ladrón (el de este dicho) es el que ajusticia al segundo, por lo que obtiene ¿de Jesús? el perdón divino, ¡y nada menos que por el tiempo de cien años! Pero Jesús, acostumbrado a distinguir con claridad la paja del trigo, sólo ayuda al ladrón que, agonizando a su lado, reconoce que ha cometido una falta; en cambio al otro, al soberbio que le exige egoístamente que se salve él mismo, y a ellos, por supuesto –si realmente era él el Mesías-, lo ignora completamente. No es casual que haya sido crucificado junto a la emblemática figura de “dos” ladrones, y que cada uno de ellos se encuentre situado simétricamente a su diestra y a su siniestra. Y que al arrepentido lo salve y al arrogante lo ignore.

Muy cerca de esto se encuentra ese maravilloso cuento de “los cuatro clavos” que relatan los gitanos a sus descendientes. Al parecer, además de los tres clavos destinados a las manos y los pies de Jesús, había otro que un gitano se robó, el que iban a clavarle en el corazón, y desde entonces, Dios les ha dado el derecho a los gitanos a hurtar todo lo que quisieran. Una historia muy interesante.

Cristo ya intuía que dentro del capitalismo de aquella época –el mundo donde reina el poder del dinero del comerciante- hasta el ladrón más pobre merece ser perdonado y colocado en un lugar de privilegio. Él sabía que había un ladrón que se había convertido en el chivo expiatorio de uno más grande aún, uno realmente vil que robaba a todos, en las narices de todos, y sin que nadie supiera que estaba robando, pues no cometía el acto de robar visiblemente como el otro. Antón Chejov lo dice así: “En general no puede haber riqueza adquirida con justicia”.

Ya desde los inicios del cristianismo vemos que hay un ladrón que sufre la condena social y otro que es socialmente aceptado. El primero es el ladrón de gallinas, el que fácilmente atrapan y condenan (el crucificado), el que ajusticia de algún modo al ladrón de guantes blancos (el comerciante), que es el que nos roba a todos. Jesús los reconoce perfectamente en la cruz. ¿Quién mejor que el propio “pescador de hombres” para saber que los peces gordos son los que se escapan siempre por los hilos que teje y entreteje el propio capitalismo, y los más pequeños, los que quedan atascados en la red?

En realidad esto de ver a los vendedores como ladrones no es algo que descubre Jesús; estuvo desde siempre arraigado en el mito. Los antiguos griegos no tenían ningún problema en asociar al dios Hermes con el comerciante y con el ladrón. De allí que Jesús, quien ataca a los ricos y defiende a los pobres, vea algo perdonablemente divino en los actos del ladrón, y algo condenablemente maligno o perverso en los del vendedor. Santiago adopta su misma postura cuando lanza sobre ellos su exhortación de desprecio: “Vuestra riqueza está podrida”. (C, 5. V1 y 2).

El mismo Jesús ya intuía que los ricos eran más ladrones que los ladrones. Exactamente cuando dice que es más fácil que un camello pase por el agujero de una aguja a que un rico vaya al cielo. Que es una clara forma de condenarlos, de decirles que van a ir al infierno, pues si no pueden entrar en el cielo tendrá que descender directa y obligatoriamente hasta donde está el diablo hincando la punta del tridente entre las llamas de los ardientes carbones. (La verticalidad espiritual que propone el

cristianismo en relación a este dicho no concibe más que dos aspectos posibles del espacio: el arriba y el abajo, el asenso y el descenso). Recodemos el contexto en que Jesús comentó esta frase a sus discípulos. Fue después de que le dijo a alguien que vendiera sus posesiones y la dé a los pobres, y luego volviera y lo siguiera. Pero cuando Jesús ve a al hombre, que tenía mucho dinero, que se va muy triste y sin esperanza de que regrese con él, comprende de inmediato la imposibilidad de que un comerciante se despoje fácilmente de su riqueza. Por eso exclama, casi en un suspiro y con un dejo de impotencia: “Hijos míos, ¡cuán difícil es entrar en el reino de los cielos! Es más fácil a un camello pasar por el hondón de una aguja que a un rico entrar en el reino de Dios”.

La quintaesencia del crimen

Ahora bien, a estas alturas hemos llegado al último giro del crimen perfecto, cuya postulación –extraña y a la vez fascinante- pone sobre el tapete parte su sentido más profundo: “*ni siquiera para el ladrón ha ocurrido el robo*”.

Es como si el mago fuera el primero en fascinarse con su propio acto de ilusionismo y quedara atrapado en la ilusión que él mismo produce para los demás. Pero no decimos que el robo no ocurrió para el ladrón porque, efectivamente, no haya acontecido el hecho delictivo, sino porque la *apariencia* de que no ocurrió es tan poderosamente real que, realmente, *nunca ocurrió*. Y si no ocurrió para los ojos de la gente, ni para los ojos del mismo criminal, mucho menos para los ojos del detective (y menos aún para los del policía) que seguirá buscando inútilmente los rastros de una huella que ya no está. Que ya no existe.

Es tan potente esa ilusión de no-ser que, finalmente, ha terminado por convertirse en el ser del no ser del crimen; en la única verdad existente, la que se ve, la que muestra que nada ocurrió. Pero no como un vulgar encubrimiento de que nada sucedió. Es que siendo el criminal el único que “conoce” lo que pasó allí, en la escena del crimen, en el último giro... ¡ni siquiera él lo sabe! Y no lo sabe porque al olvidar el crimen, lo borró definitivamente. ¡Lo volvió inexistente! El criminal no ha dejado rastros de su paso por el crimen; ha borrado, literalmente, todas las huellas visibles. Es más, ¡hasta las huellas mnémicas ha borrado! Lo ha vuelto tan perfecto que, a estas alturas, no hay vestigio alguno del crimen... ¡ni en su memoria! Justo cuando el ladrón o el asesino hace desaparecer mágicamente el dinero o el cadáver de la escena del crimen... mágicamente desaparece él mismo.

Esta es la quintaesencia del crimen; el *summum* de la perfección a la que aludíamos al comienzo. El punto más alto y sublime de autoconvencimiento, en el que ningún detector de mentiras podría sonsacarle al acusado la información pretendida sobre un hecho que, para el propio indagado, jamás ocurrió. Pues una cosa es muy cierta: con la desaparición del recuerdo del hecho, desaparece también la culpa que ese hecho conlleva. En una palabra: cuando se esfuma el recuerdo se esfuma también el sujeto que recuerda.

Pero cuidado, no confundamos esto con un engaño sagaz e intencional producido en la conciencia. No se trata aquí de que el criminal se sabe culpable y que en un intento de encubrir conscientemente la verdad de lo que hizo se empeña en ocultarla arteramente a los investigadores, por medio del fingimiento y el disimulo. Es que para él, para el mejor de los criminales, el delito simplemente *nunca*

se cometió. Es como si realmente no hubiera sido él quien llevara a cabo el crimen y, convencido plenamente de su inocencia, ahora camine, hable, ría y se pasee plácidamente por la ciudad con la conciencia limpia y tranquila, como lo haría cualquier transeúnte normal que nada tiene que ocultar más que la certeza de que nada malo o ilegal ha hecho en su vida. Pues es la apariencia del no-ser del crimen (el crimen que no fue) la que ahora ha tomado la fuerza y la consistencia suficiente como para ser excluida absolutamente de su mente, de su alma y de su discurso.

Por eso no decimos meramente que el crimen perfecto es el crimen que “parece” que no se cometió; afirmamos categóricamente que es el crimen que *jamás* se cometió. Ahora el ser del crimen es no haber sido. Pues, superponiendo el ser al hacer, sino lo hizo, tampoco fue. Porque aquí, la propia apariencia, deja de ser para ser no-ser. Dicho de otro modo: la apariencia del no ser a ser no ser. Y lo decimos en este tono y con esta firmeza, con la certeza absoluta del que, siendo seguramente el criminal más grande de todos los criminales y de todos los tiempos, nada malo ha cometido, pues se sabe *absolutamente* inocente.

Este es el caso del ladrón que se ha robado a él mismo. El que de verdad no ha robado a nadie porque lo único que ha hecho es sustraerse una parte de su alma y, ocultándosela a sus propios ojos como si fuera otro, el burlado, y no él mismo el gran fabulador, encuentra en la realización del no ser del crimen la satisfacción de no ser él el criminal desalmado. Aunque para ello, claro está, deba primero no ser él, él mismo.

A fin de cuentas, ni siquiera lo inconsciente reprimido puede ser –en la psiquis del neurótico– perpetuamente reprimido. Es posible que en el caso del criminal, el robo o el homicidio retorne desde sus insondables nadidades para revelarse ante la presencia del detective–analista como lo que realmente es: culpable. Culpable por sostener ese deseo incestuoso, mítico y prohibido que se ve en casi todas las culturas primitivas: matar al padre y acostarse con la madre. En este sentido, siempre el asesinato de un sujeto odiado podrá ponerse en relación y traducirse metafóricamente con el deseo de matar al padre; y el robo de un objeto amado (como ser dinero, joyas, cuadros, autos, etc) con el deseo de quedarse con la madre. Hablamos aquí del criminal que a espaldas de la ley ha logrado burlarse del mundo entero, aunque, claro está, a costa de perderse primero, a sí mismo, en ese juego perverso y burlón.

Cuando habitualmente se habla de crimen se suele entender por ello un delito con derramamiento de sangre, y por delito, un hecho ilícito sancionado por una pena grave. Al criminal común le basta –y le sobra– con cometer el hecho ilícito sin ser atrapado, mientras que al otro, al de guantes blancos, además de interesarle cometerlo sin ser sorprendido le preocupa también no ser reconocido como tal. Éste último, más ambicioso e inteligente que cualquier otro, en su inquietante carrera contra la ley va puliendo y sofisticando cada uno de sus arteras y subrepticias maniobras hasta hacer su modo de proceder cada vez más pulido, más impecable. Su objetivo será poder alcanzar el nivel más alto en la escala delictiva, transformando la vulgaridad de un crimen común en la auténtica expresión de un hecho artístico y genial. Este auténtico maestro del crimen adora enfrentar el desafío de considerar su “trabajo” como una forma de arte perfectamente perfectible. Por algo decimos que el robo ha sido ejecutado con maestría, o mejor aún, que es “una obra maestra del crimen”.

Si establecemos una imaginaria escala ascendente hacia la perfección del delito, podremos reconocer cuatro niveles progresivos de perfección:

En el primer peldaño de la escalera, pero sin llegar a pisar el escalón, como un paso en falso o mal dado o como un tropiezo, podríamos ubicar en el lugar del número cero al crimen fallido, el que *siendo* no pudo ser. Aquí *hay crimen* (el acto) y *también hay criminal* (el sujeto del acto), pues es evidente que lograron atraparlo y ponerlo tras las rejas.

Ahora sí, en el primer peldaño de la escala ascendente está el crimen común, pero exitoso, aquí vemos que *hay crimen, pero no autor del crimen*. Este es el crimen clásico, el que aspiran realizar todos los que delinquen, porque aunque hayan huellas que rastrear no hay sospechosos que inculpar. Aquí sólo el criminal sabe que él es el criminal.

En el segundo peldaño *hay crimen*, como en el primer caso, *pero también hay autor del crimen*, aunque con la diferencia de que el autor no es el verdadero autor, pues esta vez ha dejado huellas, pero huellas que inculpan a otra persona. Este crimen es más sofisticado que el anterior y como ocurre allí, aquí también sólo el verdadero criminal sabe que él es el criminal.

El tercer peldaño es al estilo zen, pues todo ha desaparecido de la escena: *ya no hay crimen, ni autor del crimen*, esta instancia es más perfecta que las dos anteriores, puesto que en la lógica del Koan aparece como el que: “roba sin robar”. Aquí también sólo el criminal sabe que él es el criminal. Pero un criminal que no es criminal, de un crimen que tampoco es crimen.

Pero en el cuarto y último peldaño, el peldaño de la perfección absoluta, vemos que como en el tercero, también es al estilo zen: pues *no hay crimen y tampoco hay autor del crimen*, pero con una diferencia sustancial: aquí el crimen es tan idealmente depurado que, ¡oh! ¡voalá! todo se ha esfumado ya, ¡pues ni siquiera el criminal sabe que él es el criminal!

Finalmente, hemos llegado al punto máximo de la dialéctica: aquí es el criminal el que ya se ha auto convencido de su inocencia de tal forma que, verdaderamente, anda por ahí como si no fuera él el autor del crimen que, en su negación absoluta (la represión perfecta) cree que no haber cometido.

Llegado a este punto de la indagación retornaremos, pues, al principio de su iniciación para concluir con la reafirmación de nuestra primer postulación:
“El crimen perfecto es el crimen que –efectivamente- nunca se cometió”.

INDICE

- 1Que parezca un accidente
- 2La traición menos esperada
- 3Creer o no creer
- 4La desaparición mágica
- 5Corazón delator
- 6El crimen que no es crimen
- 7Jesús y los ladrones
- 8La quintaesencia del crimen

Hugo Cuccarese

HUGO CUCCARESE